

Recordar, compartir, aprender

## Barcelona

Carmen Gutiérrez Llopis, 83 años.

Carla Herrero Nebot, 24 años.

### LA VITALIDAD TIENE FORMA DE MUJER

*Carmen es fuerza, energía, vitalidad. Pero ella no lo valora, dice que le han enseñado a vivir así. No sé da cuenta de que es una excepción y que a sus 83 años, las ganas de vivir que desprende no son lo más habitual. Ha vivido en condiciones muy duras, como la mayoría de la gente de su generación. Recuerda perfectamente el día que lanzaron la bomba de Hiroshima y todos los ataques de aviones en Barcelona. Cuenta que ella subía a los terrados a ver como lanzaban las bombas en lugar de esconderse en los sótanos. Siempre ha sido una valiente. Y esta actitud le ha salvado la vida.*

A sus 49 años falleció su marido, pero este duro golpe en lugar de hundirla, la fortaleció y le abrió otros horizontes. Carmen desde siempre había soñado con tener una tienda de labores pero su marido no quería que trabajara. Eran otros tiempos y el rol de la mujer estaba íntimamente atado a la casa. No pasaron ni nueve meses que la tienda era una realidad, cuando Carmen cumplió otra meta que tenía en la cabeza: sacarse el carné de conducir. Lo cuenta como una anécdota, ya que aprobó justo un año y un día después de fallecer su marido. Aún tenía toda la vida por delante y muchas cosas que hacer. Orgullosa, Carmen dice “Conduje hasta que hice 80 años y porqué no me dejaron conducir más. Yo no sé estar quieta, necesito hacer cosas”. Y así es como vive su vida, y así pasa los años.

Un día de primavera del año 1981, Carmen paseaba por un pueblecito de Suiza con una amiga suya. De golpe empezó a encontrarse mal, muy mal. Creía que se moría, pero no le entró miedo porque piensa que “de algo hay que morir”. Lo dice convencida, su mirada es tajante. No tiene miedo a la muerte. “¿Para qué?” Se pregunta. “De algo hay que morir”. Se sentó en un banquito de piedra envuelta del verde de las montañas suizas hasta que se le pasó el ahogo. Pero no hizo caso. Y continuó disfrutando del viaje. Nada le estropearía esa escapada a Suiza. Al cabo de unos días, cuando ya estaba de regreso a Barcelona, volviendo de una sesión de cine, sintió de nuevo un fuerte ahogo. No fue hasta entonces que se lo comentó a sus hijos, de quienes habla con orgullo y cariño.

Empezaron las pruebas, las visitas a los médicos y los diagnósticos. Al principio no le quisieron explicar a Carmen que estaba muy mal y que se moría. Hasta que no tuvieron más remedio que contárselo. La única solución era operarse, pero era muy peligroso. Y llegó el día. Su valentía, su fuerza y su vitalidad le salvaron la vida. Carmen volvió a nacer el 27 de junio de 1983. Y desde ese día celebra su aniversario de operación. Los días en el hospital fueron largos y en una ocasión su vida volvió a correr riesgo. Pero Carmen, como siempre se salvó. Muestra orgullosa la cicatriz, y afirma sin cesar que no pasó miedo, que no le tiene miedo a nada, y menos a la muerte. El mismo día que le dieron el alta se fue con sus hijos a comer a Santa Coloma de Cervelló.

Las ganas de vivir pueden con ella y hacen sin darse cuenta que viva la vida como si cada día fuera el último. Después de esa operación Carmen se fue a Toronto, a Canarias, a París y a muchos lugares más. Siempre tiene ilusiones, metas y cosas que cumplir. Ahora está aprendiendo a jugar al ajedrez. Nunca es tarde si la dicha es buena. Siempre tiene cosas que hacer y dice que no sabe estar sentada en el sofá. Le encanta cocinar y no le da pereza guisar para ella sola. Cada día lee el periódico. Su interés por las cosas es tal, que no comprende como hay gente que no se interesa por nada. “Todo, todo me interesa. La política, los coches, las bicis... lo que sea. No entiendo como la gente pasa”, afirma indignada.

Recuerdos tiene muchos que contar. Su primer trabajo fue en una fábrica de sobres. Como todas las

Recordar, compartir, aprender

personas mayores, recuerda de cuanto fue su primer sueldo: 10 pesetas por semana. Entre risas explica que un día les mandaron hacer unas bolsitas pequeñas que ellas no sabían para qué eran y más tarde se enteraron que servían para empaquetar preservativos. “Nosotras no sabíamos nada. Eran otros tiempos” Y sigue riendo. Las condiciones de vida eran duras y recuerda con cariño cuando su madre sólo le dejaba comerse una naranja porque se tenía que racionar la comida. Ella siempre ha sido de comer y su apetito no le permitía entender las explicaciones de su madre. Aún haber vivido en esos tiempos de guerra y de dictadura, no se arrepiente de nada. “Me ha tocado vivir en esa época y esto no se puede cambiar. ¿De qué sirve lamentarse?”

Carmen es una persona muy sensata, con la cabeza muy bien amueblada y con las ideas muy claras. Es un ejemplo de vida. Siempre tiene ganas de hacer cosas, tiene ilusión, tiene energía y mucha, mucha vitalidad. A menudo no nos damos cuenta de la importancia que le damos a las cosas que no la tienen. De quejarnos por vicio y de tener actitudes pesimistas. Muchos tendrían que aprender de Carmen. Esta mujer contagia optimismo y muchas ganas de vivir. Esta es su mayor virtud.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Carmen no sabe hablar en singular cuando se le pregunta por lo más importante de la vida porque para ella todo es importante: las pequeñas cosas del día a día, las metas, las personas, las sensaciones, las sorpresas de la vida... Cada una de las cosas que la componen hacen que la vida tenga sentido y que merezca la pena vivirla.

“La vida en sí es lo que merece la pena. Las pequeñas cosas, el día a día. Esto es lo que merece la pena. Mucha gente mayor dice que lo más importante de la vida es algo que han conocido de mayores: los nietos. Pero yo no soy abuela y por eso no puedo sentir lo que sienten ellos”, comenta Carmen.

“En cuanto a los hijos, todo el mundo sabe que los hijos es lo que más se quiere. Pero ahora ellos ya están colocados y no me necesitan. Ahora lo importante es vivir, ir viviendo y viviendo... Ya has visto como soy. Lo que más valoro es el presente”.

“Aunque recuerdo especialmente la piña que hicimos mis hijos y yo cuando falleció mi marido para seguir adelante. Eso fue muy importante para mí. Económicamente y psicológicamente estábamos mal pero nos unimos tanto que casi éramos uno. Y conseguimos salir del agujero. Eso nunca lo olvidaré”.

“Por todo merece la pena vivir. Vida sólo hay una y hay que aprovecharla”.